

**EFREN
HERNANDEZ**

CIPRIANO Y YO

Corría, calculo, el año de mil novecientos treinta el de mil novecientos treinta y uno, o el de mil novecientos treinta y dos. Y viene a ser lo mismo, que todo esto de deslindar los años, es, y no equivale a más que adjudicar un signo a una porción indiscernible de los hilos de un viento entre todos los otros que se hayan deslizado por un campo.

Quizá se aproximaba el mediodía, lento, monótono, ordinario, sin nota singular alguna.

Un servidor, estaba lejos, sumergido, dentro de ya no sé ni qué lugares de algunos de esos mundos que acaban envolviendo a todo el que abre un libro y echa a vogar en él las naves de la vista. El peso de mi frente, no advertido, recaía sobre las palmas de mis manos, mis manos lo pasaban a mis brazos, a través de mis brazos confluía en mis codos, y de aquí se repartía sobre la mesa que, para mayores señas estaba colocada en el restrirador en que habitualmente dibujaba don Valerio Prieto —de entrañable recuerdo— y el escritorio del extinto, que entonces respondía al nombre de Xavier, o al de Villaurrutia.

No me he olvidado de Meche —por cierto que hace años que no la he vuelto a ver—, del señor Bravo, tan humano y sufrido, ni de Chente.

Y Carlos Pellicer nos volvía a todos la espalda. Había acomodado su escritorio contra el cancel de vidrio y de madera que dividía aquel salón en dos porciones; la de nuestra ubicación, y la que constituía el “privado” del jefe de la oficina de publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Salvador Novo, por aquel entonces.

De tal cancel, había colgado Pellicer un planisferio, con objeto de apaciguar su sed de trotamundos, pues decía que no le era posible soportar las largas y ociosas horas burocráticas sin entregarse a la ilusión de recorrer el mundo.

Supongo que en algún momento, Salvador salió de su privado a despedir a alguien. De otro modo no pudiera haber sido que, en cierto otro, para mi inopinado, aproximándose, me preguntara:

“¿Vio al joven que acabo de salir a despedir?”

Tuve que confesar que no, que me había distraído en la lectura; e inquirí la razón de su pregunta.

“Pues porque es un genio.” Declaró con cálida fruición y no vacua dulzura.

No a todos los presentes, hizo grata impresión esta cordial descarga, y generosa, de su complacencia.

(Cuánto siente un pastelero que otro se le siente enfrente.)

Al saludable don Valerio, sí.

“Ah, caray —terció, lleno de alma, desde su estirador—. Yo sí lo vi. Vestía de negro, se le cayeron, al cruzar, unos papeles, y se inclinó a juntarlos. Y... Bueno. No debería uno fijarse en estas cosas; mas, lo cierto es que me quedé pensando en los parches de sus pantalones. Pobrecillo.”

“Pues es un genio.” Insistió Salvador. E hizo puño sus manos, y golpeó el aire a la altura de sus sienes.

“Hablamos de usted —me dijo a mí—. Si vuelve se lo voy a presentar.”

Por preguntas, al caso, que allí mismo le hicimos, supe que, antes, nunca supo nada de él, que su nombre era Cipriano Campos Alatorre, que ahora se había presentado inopinadamente, por vez primera y por su propia cuenta, y que le había leído trozos de una novela inédita, admirable.

Quedé lamentando no haberlo conocido. Algo que no consigo llegar a atar debidamente. Quizá el hecho de que estando allí Xavier, y Pellicer, y alguno otro del oficio, Salvador se hubiera dirigido únicamente a mí, o acaso sólo la alusión al parche hecha con lastimada y reticente unción por don Valerio; me llevaron a hacerme la ilusión y a entrar en el presentimiento de que el parchado aquél, y otro a quien yo recuerdo, llegaríamos a ser como uña y carne.

“Sin embargo, me replicaba a ratos, Salvador le habló de mí, y a él ni siquiera se le ocurrió pedirle que nos aproximara.”

Por dicha, no se hizo necesario.

He aquí: ¿Qué estaba haciendo yo en mi cuarto, a la hora en que, ese mismo día, al comedido tan, tan, tan, que oí a mi puerta, me puse a sospechar: “No sea Cipriano.”

En efecto, sólo con verlo adiviné quién fuera, y así, a lo pariente, para pronto y sin otros preámbulos le dije: “Oh qué gusto, Cipriano.” Y al advertir la singular reacción de consanguinidad espiritual, con que a mi actitud y mis palabras respondieron, abriéndose como fraternos brazos sus dos ojos, sin siquiera dejarlo que acabara de explicarse: “Salvador Novo... Hoy... Y yo me tome la libertad...”

—“Ya, ya sé. Haz el favor de entrar. Casi estaba esperándote. Te invito a que me acompañes a comer.”

Desde entonces fue hablar, hablar, y hablar; vagar, leer, crecer, echar raíces, a lo largo de los años que nunca imaginé tan descontados, de su nerviosa y fértil compañía.

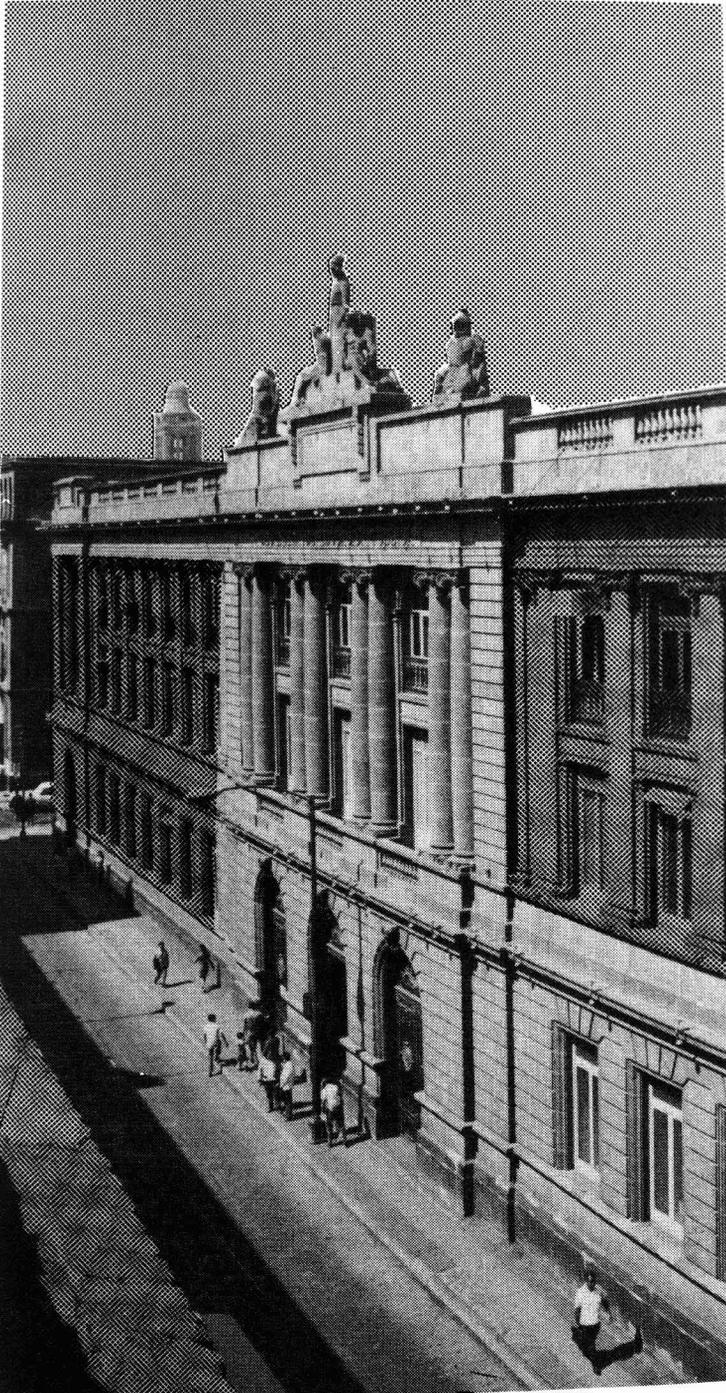
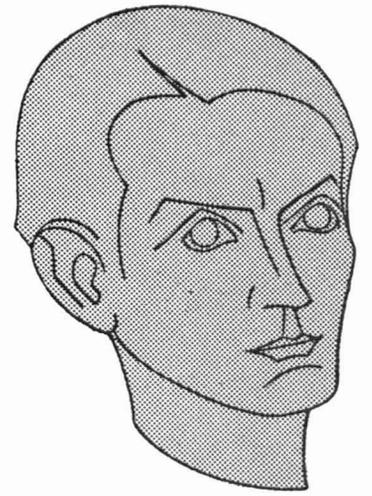
Allí mismo en mi cuarto, en las calles, en los jardines públicos, en su escuela rural de Xochimilco, en el cuarto de él, en los cafés chinos.

Literatura, amor, personas, política, aventuras, proyectos, desazones, teoría, sueños.

¿Por cuánto tiempo así?

No sé.

El era todo; una verdad, un mensaje, una herencia. Que —con qué rencor lo digo y lo recalco— malograron las patas de caballo de la irresponsabilidad y pequeñez de los doctos de entonces. Sin codicia, ni ambición egocéntricas. Abiertísimo de ojos, flaco, de facciones filosas —que no se le iba nada—. Muy trigueño. Siempre el mismo y único traje, remendado, negro verdeante de gastado.



No loco ni locuaz; sólo azorado, inquieto, libre en el pensamiento, y acertado y ligero en el hablar. Un tanto fatigado a causa de la intensidad de sus asombros. Y también alicaído un poco —al principio nada más un poco— a cuenta del desequilibrio enorme, en la lucha por lo material, de su inocente soledad, sinceramente sola, en contra de la convención instintivamente encubierta, casi universal, de los indiferenciados; pero él sereno siempre, e inextricable del camino recto.

Y las cosas usuales. El tenso cerco resultante del subterráneo egoísmo innumerable. La renta. La comida. Los zapatos.

... los humildes deseos. . .

Había, sin embargo, necesidad de irse desplazando.

“Por ahora cuento. . . dos, tres, cuatro. . . Con quince pesos más.”

“Ahora me han cortado mi chambita en la radio.”

“Ahora. . .”

Hizo la lucha en la Universidad —ya autónoma—; más valiera en el monte.

En la Secretaría de Educación. En las redacciones de los diarios. Se atrevió a ver al maestro. . . Mejor me callo el nombre. Al filósofo. . . Sería imprudente hablar. Perdón, si no prosigo.

Empezó a hacerse ostensible su fatiga. Un día desapareció.

No para siempre, no. No para siempre todavía.

■
“¿Qué tanto costará ese libro? ¿Me alcanzará para comprarlo? ¿Entraré a preguntar?” Me decía indeciso, amarrada mi alma a un endiablado objeto que yacía entre otros dentro del impenetrable escaparate de un librero.

“¿Entraré o no entraré?”

Un volver la cabeza. Un tocarme la frente. Un apretar los ojos para pensarlo bien. Y, en el vidrio, una imagen.

“¿¡!?”

!!! CIPRIANO!!!

Qué lentitud extraña. Y sus ojos distintos. Y callado.

“¿Qué te sucede?, ¿qué haces? Cuenta, viejo. Nadie sabe de ti.”

Se vio que hizo un esfuerzo, que quiso sonreír, y fracasó.

Se vio que hizo otro esfuerzo, que consiguió acordarse y, muertamente:

“Tachitas”.

Sus ojos se mojaban. De no haberse opuesto a que se unieran sus párpados, no habría logrado retener la gota. Sólo merced a una fijedad heroica, lograron reabsorberla.

“Déjame, dijo a poco más de un poco, déjame.”

“No, le dije, oh, no. Con un no definitivo. Y lo obligué en un



brazo. Y caminamos. Por primera vez en silencio. Y no anduvimos más que desde una de las librerías que vienen a quedar por allí, por enfrente del Sagrario, hasta la Plaza de San Pablo; pues él, que apenas unos cuantos meses antes me arrastraba a caminar a pie, por puro paseo, hasta Azcapotzalco, hasta la Villa, hasta Coyacacán, aquella vez se opuso: "No quiero andar ya más. Quiero sentarme."

Iba anocheciendo. El tiempo; digo: el tiempo físico, externo, el de la naturaleza, no era ingrato.

"Vamos, ¿quieres —le propuse— a ese café, allí enfrente, que acaba de encenderse?"

Silencio. Quién sabe cuántas cosas andarían en su alma.

"Vamos. Anda."

"No." Sin hablar. Solamente moviendo la cabeza.

"Tengo algo de hambre. Ya sabes tú, mi estómago. ¿Qué carachos te cuesta? Anda, vamos."

"Bueno, vamos. Yo no quisiera ir..."

Y en el café:

"¿Qué vas a tomar tú?"

"Nada."

"Señorita, traiga dos cafés con leche y pan de sal."

"Nada más uno, señorita. Yo no voy a tomar."

Y humilló la cabeza. Y, "no te ofendas, Tachitas", me dijo. "Déjame que me vaya."

Y con los opacos restos de mi energía nerviosa, lo sujeté del brazo. Y cuando cesó de forcejear, se lo oprimí con ternura.

"Bueno —dijo por fin—, que los traigan."

Y entonces, y en tanto que merendábamos, y durante algo más,

me explicó muchas cosas.

Le habían ordenado trasladarse de la escuela rural de Xochimilco, a una de un pueblo muy al sur de Michoacán, perdido y en destierro. Ni su reciente esposa, ni su pequeña niña habían podido resistir, sumados, el clima atroz y la miseria. El mismo había estado muy mal. Las medicinas, el pasaje de retorno a la ciudad de México, la subsistencia de él y la de ellas, separados. Deudas, desamparo, incertidumbre, dislocación mental, quemazón de manuscritos, debilidad física, abatimiento, anublazón espiritual...

Todo esto así, confusa, torpe, lenta, borrosa, dificultosamente relatado.

Pero, es esta la verdad: Yo no podía acá, entre la gente, mucho más que Cipriano. Vivía caído. Nadie me habría hecho caso.

Y ésta, y de este modo, fue la última vez que estuve con Cipriano. De manera que no me extrañó gran cosa, mirar, algo después, por cierto que en la revista Revista de Revistas, su retrato, y la mala noticia.

Mi propia suerte tampoco había adelantado mucho. Recorté el retrato. Aquí está todavía. Lo protegen un vidrio, un cartón y un margen de paspartú incoloro. Echo de menos, remordido, el libro de sus cuentos. El ejemplar que me dedicó lo vendí, cuando él todavía vivía —y se fue sin saberlo—, en cuarenta centavos. Juro, sobre su recuerdo, que todo, aun lo increíble, que he relatado aquí, es rigurosamente cierto. Que no lo he compuesto, ni lo he exagerado. Sucedió, en su esencia, aquí mismo, aquí en esta muy culta, muy noble y muy leal ciudad de México, no hace aún mucho tiempo.